

La verdad duele, pero...

ESTA

MENTIRA

TE

MATARÁ

CHELSEA PITCHER

Di la verdad o acepta las consecuencias.

Hace un año hubo una fiesta. En esa fiesta alguien murió. Cinco adolescentes estuvieron implicados en esa muerte, y hasta ahora nadie ha dicho la verdad. Pero esta noche, los cinco supervivientes llegan a una mansión aislada en las colinas, esperando competir en un concurso con un gran premio: 50.000 dólares. Por supuesto... algunas cosas son demasiado buenas para ser verdad.

Ahora, los jóvenes se dan cuenta de que han sido convocados por una persona empeñada en vengarse; alguien que no se detendrá por nada ni por nadie con tal de descubrir lo que realmente sucedió aquella noche, un año atrás.

Llegaron cinco jóvenes, pero... ¿cuántos se marcharán? ¿La verdad los liberará? ¿O sus mentiras los destruirán a todos?

*Para Sunny,  
gracias por tu orgulloso y salvaje corazón.*

## HACE 1 AÑO...

El bosque ardía. Las llamas acariciaban la oscuridad, arrancaban la corteza de los árboles y transformaban las hojas en ceniza. En el interior del gran y destelleante fuego había un coche con el capó abollado y las ventanas agrietadas.

En el interior del coche había un chico.

En aquel momento, no lo sabían. Los bomberos acababan de llegar a la escena y la policía estaba evitando que los espectadores se acercaran demasiado. Desde su posición, estos solo podían ver una luz roja y amenazante que palpitaba en el bosque.

Luego todo se volvió blanco. El humo se enroscó sobre el mundo y se les instaló en los pulmones, lo que los obligó a cerrar los ojos. La ceniza cubrió todo lo que había a su alcance y no tardaron en formarse siluetas en el oscuro bosque.

Fue entonces cuando vieron el vehículo. La pintura descascarillada por el calor. Los asientos de cuero hundidos y deformados. Rezaron en voz alta para que no hubiera nadie dentro, pero, en el fondo, en lo más profundo de su ser, sabían que hallarían a alguien. Los coches no se conducían solos por carreteras largas y con curvas. No se estrellaban contra los árboles, daban varias vueltas de campana y explotaban.

No por sí solos. Sin embargo, cuando los coches se hicieron amigos de los mortales fueron capaces de hacer todo eso y más. Podían transformar un hermoso bosque en

un páramo. Podían convertir un bello rostro de piel pálida como la luna e impresionantes ojos azules en una vela de cera que goteaba y se retorció hasta que no quedaba rastro alguno de aquella belleza.

El fuego había arrasado con casi todo. Donde antes había dedos largos y ágiles, ahora había hueso. El humo salía del chico como si su alma se estuviera deslizando hacia el cielo. La gente susurraba que serían necesarios los registros dentales para identificar los restos.

Pero ya se enfrentarían a eso más tarde. Por lo pronto, las autoridades hicieron sus pequeños cálculos centrándose en lo que sí podían controlar. ¿Cómo abrirían la puerta? ¿Cómo sacarían el cuerpo?

Más atrás, en la parte más oscura del bosque, una niña también hizo cálculos y contó a los sospechosos con una mano enguantada.

Uno, dos, tres...

¿Cuatro? Los detalles eran confusos, pero el tiempo lo revelaría todo. El tiempo y un plan cuidadosamente elaborado. Hasta entonces, la niña se pondría una máscara y se sentaría como una muñeca en una vitrina a esperar pacientemente. Era la única forma de sobrevivir. Aquel esqueleto que ardía lentamente una vez había sido un chico, y a ese joven lo habían amado.

Abrazado.

Besado.

Ya nunca más. El fuego lo había transformado en un ser de cenizas y huesos, y, al ver aquello, la niña tembló con lágrimas en las mejillas. Necesitaba ser fuerte. No, necesitaba ser *fría*, como una muñeca insensible. Las extremidades de porcelana no temblaban y un corazón hecho de plástico no dolía tanto. No se rompía. No sangraba.

Pero los ojos de cristal lo veían todo. Y, en ese momento, mientras la niña les daba la espalda a los restos del siniestro, se desplegaron nuevas imágenes detrás de aquellos ojos. Había una hermosa mansión en lo alto de una

colina y una lista de invitados muy exclusiva. Una mano enguantada encendía una cerilla. Y, quizá, si todo salía tal y como lo tenía planeado, sus extremidades de porcelana volverían a ser de carne y hueso, y su corazón se ablandaría hasta volverse rojo.

Pero primero habría fuego.

# 1.

## PRIMERA DE LA CLASE

Juniper Torres se despertó con una sonrisa. Hoy era el día. Lo sabía, a pesar de que no había ningún motivo en particular para creer que el día de hoy fuese a ser distinto. El sol no brillaba. Apenas había salido siquiera, pero no importaba mucho. El universo le estaba hablando directamente a ella, y la sangre le abrasaba las venas y los latidos del corazón martilleaban sin cesar. *Hoy es el día en el que te cambiará la vida*, le susurraba con una voz suave y melodiosa.

Se sentó en la cama. Tras darle una patada a la sábana enredada –y pasarse la mano por el pelo también enredado–, se arrastró hasta la ventana y miró hacia abajo. Allí estaba. La cartera rubia y desaliñada estaba inclinada sobre el buzón, mientras metía un montón de sobres. Juniper no podía asegurarlo del todo, pero tenía la ligera sospecha de que entre ellos se encontraba su sobre.

Salió de su habitación corriendo. Atravesó el pasillo, y pasó junto al cuarto de su hermana pequeña y, también, junto a la habitación en la que estaban durmiendo sus padres con las extremidades enroscadas como las ramas de los árboles vecinos. Su familia no tardaría en despertarse y le sería imposible inspeccionar el buzón a escondidas. Sin embargo, si era muy sigilosa –y esquivaba esa tabla del suelo y aquel escalón que crujía–, podría escabullirse al exterior sin que nadie se diera cuenta.

Así que eso hizo. Salió del victoriano verde oliva y se dirigió hacia el mundo blanco e invernal. El jardín se había transformado durante la noche. Los carámbanos colgaban de los robles y amenazaron con empalar a Juniper cuando pasó por debajo. Al final del jardín, el buzón congelado por la nieve captaba toda su atención.

Juniper lo abrió de un tirón. Sus dedos danzaron sobre los panfletos de propaganda, rozaron los bordes de un paquete de cupones y, entonces, sacó el sobre de la oscuridad. Supo que era el que estaba esperando incluso antes de verlo. Era grande y grueso, y la letra era...

¿Roja como la sangre? El sobre se le escurrió de la mano. Revoloteó despacio, como los copos de nieve que caían a su alrededor, y en cuanto golpeó el suelo, Juniper advirtió dos cosas: esa no era la carta que estaba esperando. Era una invitación.

La sacó de la nieve. Alguien había escrito: «¡Queda cordialmente invitada a una noche de asesinato y caos!», en la parte trasera del sobre negro como el ébano, y Juniper le dio la vuelta para confirmar que la invitación iba dirigida a ella. Así era. *Gracias, pero no*, pensó mientras rompía el sobre por la mitad. No tenía ningún interés en emborracharse con sus compañeros de clase y menos aún en hacer como si la muerte fuera algo divertidísimo. El único motivo por el que vigilaba el buzón era porque estaba esperando una carta de admisión de la Universidad de Columbia. Su sistema *online* se había caído, lo que significaba que iba a recibir las noticias a la vieja usanza.

Y así continuó. Juniper corrió hacia el buzón el lunes por la mañana y luego el martes. Para cuando llegó el miércoles, su confianza comenzó a decaer. ¿Por qué estaba tan convencida de que iba a recibir una carta de admisión? Sí, sus notas eran en su mayoría excelentes, pero el invierno pasado, tras aquella fiesta en la montaña...

Juniper se estremeció. Solo se descarriló un mes, y la mayoría de sus profesores le dejaron recuperar la tarea.



Aunque no entrase en su universidad de preferencia, tenía un par de facultades como segunda opción que la alejarían de esta ciudad. Aun así, iba a estudiar Medicina. Curar a personas. Salvar vidas. Todo saldría según lo planeado.

Estaba a punto de volverse a casa cuando un sobre negro en el interior del buzón captó su atención. Un escalofrío le recorrió la espalda. Ya sabía de qué se trataba. Una invitación a «¡una noche de asesinato y caos!».

Pensó que seguramente habían enviado dos cartas por error y puso los ojos en blanco. Sin embargo, mientras extraía el sobre de la oscuridad, una leve corriente de culpa comenzó a tirarle de las extremidades. Así era como ocurría siempre. Seguía con su día a día, sin ni siquiera pensar en la fiesta de Navidad de Dahlia Kane, y, de un momento a otro, sus extremidades se volvían pesadas. Sentía que se hundía de la manera en la que un cuerpo se sumerge hasta el fondo de una piscina, mientras que la gente se queda sin hacer nada, riéndose...

—¡Junebug! —La señora Torres apareció bajo el marco de la puerta con el rostro sonrojado de estar junto a la hornilla—. A desayunar, mi amor. ¿Qué es eso?

*Mierda.* Los reflejos de Juniper estaban adormilados a esas horas de la mañana. Dos horas —y tres tazas de café— más tarde y no habría dejado que su madre viera el sobre. Pero ya estaba acorralada y no podía romperlo delante de ella. No le quedaba más remedio que desempeñar el papel a la perfección.

Con una sonrisa forzada, trotó hacia la puerta.

—Un cretino y lo que entiende por pasarlo bien —respondió mientras sostenía la invitación. No se la estaba ofreciendo a su madre, sino que agarraba el sobre con fuerza. Sin embargo, la señora Torres debió ver «¡una noche de asesinato y caos!» garabateado en la parte trasera, ya que se lo arrebató a su hija de las manos.

—Uh, una fiesta. Deberías ir.

—¿Qué? No. —Juniper arrugó la cara—. Seguro que es el sábado. Voy a ver *Rudolph* con Olive.

Olive era su hermana pequeña y, ahora que sabía andar, Juniper estaba prácticamente de guardia permanente. Optó por verlo como si estuviera practicando para una guardia de verdad en su hospital de preferencia. Más le valía que se fuera acostumbrando a funcionar con dos horas de sueño, ¿verdad?

—Junebug, es mi hija. —Su madre desapareció en el pasillo y Juniper la siguió de cerca mientras planeaba cómo recuperar la invitación—. Lo creas o no, me gusta pasar tiempo con mis hijas.

—Y aun así me estás obligando a salir de casa.

—Yo solo hago una sugerencia. —Su madre sacó una silla de debajo de la mesa de la cocina. Olive estaba sentada en su silla alta, riéndose y bailando de esa forma tan típica de los bebés en la que parece que pueden ver hadas invisibles—. ¿No quieres pasártelo bien con tus amigos?

—No son mis amigos. Seguro que les han mandado una a todos los estudiantes del último curso.

—Razón de más para ir —dijo su madre, que vertió café con la vieja y descascarillada cafetera—. Piénsatelo, ¿vale? No te vas a morir por ir a una fiesta.

*Podría*, pensó Juniper con un temblor en las manos. Le dio un sorbo al café con la esperanza de que su madre no se percatara de su nerviosismo. Por suerte, la señora Torres estaba ocupada peleándose con las tostadas que había en la hornilla. Sin embargo, hubo alguien que sí se percató, y, cuando el café se derramó sobre los dedos de Juniper, su hermana pequeña frunció el ceño y agarró el bolso de su madre. Tenía dos años y ya había decidido que el maquillaje era la cura para la tristeza. Juniper no sabía con seguridad en dónde lo había aprendido. Esta no era precisamente una familia que se interesara por los concursos de belleza. Pero fuera cual fuere la procedencia de aquella lección, a Juniper no le importaba ser la muñe-

ca viviente de su hermana. Los ojos de Olive brillaron con intensidad y los labios se le curvaron en una enorme sonrisa.

—¡*Pitalabos!* —anunció la bebé, sacando un brillo de labios de un rojo borgoña intenso, lo que le daría a Juniper la apariencia de haber comido cerezas. O bebido vino. Era algo bonito y a Juniper le parecía bien verse un poco linda, siempre y cuando eso no eclipsara sus otros logros. Le dio una punzada en el pecho cuando Olive se aplicó el brillo de labios, y deseó poder quedarse en la ciudad y enseñarle a su hermana a hacer que las personas sean mejores por dentro que por fuera. Pero no podía permanecer allí después de todo lo que había pasado (simplemente no podía), y, además, nada de lo que le dijese a la pequeña sería tan importante como convertirse en la médica que siempre había deseado ser. Iba a lograr todo lo que se había propuesto y, algún día, sacaría a su familia de esta pequeña y espeluznante ciudad. Los alejaría de todos sus secretos.

De sus fantasmas.

Una vez aplicado el brillo de labios, Olive aplaudió y chilló:

—¡Bonita! —Y Juniper sintió que las grietas del corazón se le cerraban.

—Eso tú, peque —dijo mientras los diminutos dedos de su hermana rodeaban uno de los suyos. Por su parte, su madre se había quedado en completo silencio junto a la hornilla. Con la piel de gallina, Juniper se giró y la vio apoyada sobre la encimera mirando una sola hoja.

—¿Qué? ¿Qué pasa, mamá?

Su madre no respondió, por lo que la joven tomó la invitación. Ni siquiera intentó hacerlo de forma astuta. De un segundo para otro, el papel pasó de estar agitándose entre los dedos de su madre a no estarlo. De un segundo para otro, el aire pasó de llenarle los pulmones a Juniper a desvanecerse.

Querida señorita Torres:

¡Dado tus logros ACADÉMICOS, quedas cordialmente invitada a una cena de misterio y asesinato! ¡Prepárate para ser retada mientras tú y cinco de tus estimados compañeros de clase luchan por descifrar el misterio y capturar al asesino!

¡El mundo se convertirá en un escenario!

¡Un amigo se convertirá en un enemigo!

¡Los disfraces llegarán a lo largo de la semana!

Y, por supuesto, la persona ganadora se llevará a casa la ansiada beca Burning Embers valorada en U\$S 50.000, que podrá ser usada en la universidad que prefiera.

Tu humilde benefactor,  
El Maestro de Ceremonias

–Es un timo. –Las palabras salieron de la boca de Juniper antes de que pudiera detenerlas, e incluso después de haberlas pronunciado no sintió el deseo de retirarlas. Incluso después de que su madre se hundiera en la silla mientras examinaba la invitación en estado de shock.

–Tenías razón, es el sábado –dijo la señora Torres. Su voz era un susurro y Juniper odiaba la sola idea de decepcionarla–. Deben haber tenido una vacante de última hora...

–Mamá, es un timo. Así no es como suenan las ofertas de becas auténticas. –Ni siquiera había oído nunca hablar de la beca Burning Embers. Ni había oído hablar nunca de ella ni le gustaba cómo sonaba.

–No es una oferta –aseguró su madre con calma–. Es un concurso.

–En las becas reales no te hacen competir –insistió Juniper–. No de esta forma. No en una «cena de misterio y asesinato».

–¡Cena de miseria! –gritó Olive, y a Juniper le dio escalofríos. No quería que su hermana repitiera aquello.

–Tranquila, peque. Cómete tus cereales.

Pero fue un ejercicio inútil. El propio desayuno de Juniper quedó olvidado en la hornilla. Ni siquiera su taza de café resultaba tentadora.

–Mira, voy a investigar un poco –dijo y tomó el teléfono de su madre de la mesa–. Pero estoy bastante segura de que las fundaciones de becas no firman sus cartas como «El Maestro de Ceremonias».

–Intentan hacer que sea divertido.

–Intentan ganar dinero a mi costa. –Escribió *beca Burning Embers* en el motor de búsqueda con la certeza de que aparecerían cero resultados–. Ya verás. El día antes del concurso recibiré una segunda carta solicitando una cuota de inscripción. Si no hay una página web...

Juniper se fue apagando y pinchó en el primero de varios enlaces. La Fundación Burning Embers no solo tenía una página web, sino que parecía legítima. Había un apartado titulado SOBRE NOSOTROS que resaltaba los objetivos del proyecto –«encontrar formas únicas y emocionantes de recompensar a los estudiantes sobresalientes en el mundo académico, en el arte y en el deporte»– y un apartado de CONTACTO con un número de teléfono, una dirección de correo electrónico y una ubicación física. Juniper se juró a sí misma que, antes del evento del sábado, se pondría en contacto con ellos mediante todos los medios posibles para así comprobar que había personas reales trabajando en la fundación.

O, más bien, para comprobar que no las había.

No estaba segura de por qué se oponía tanto a estas alturas. Una beca de cincuenta mil dólares le cambiaría la vida. ¿Acaso no se había pasado los últimos seis meses solicitando todas las becas que encontraba con la esperanza de recibir una quinta parte de esa cantidad?

–Nunca la solicité –murmuró en un último y desesperado intento por encontrarle la lógica a todo aquello–. Me acordaría...

—A veces los profesores lo solicitan por ti. Orientadores vocacionales. Eres tan buena estudiante, e ibas a ser la mejor de tu promoción.

*Sí, iba a ser la mejor alumna de mi promoción. Pero fui a una fiesta el diciembre pasado...*

—Espera, déjame verla. —Alisó la invitación sobre la mesa. No tardó mucho en encontrar la fecha del evento: 21 de diciembre. A exactamente un año de la fiesta de Navidad de Dahlia Kane.

—Mamá...

—Este dinero nos vendría muy bien —interrumpió su madre en voz baja—. A tu padre le alegraría oír la buena noticia.

—Lo sé. —Juniper miró la silla vacía de su padre. Tras quince años enseñando música en la escuela primaria de Fallen Oaks, una reciente ronda de recortes presupuestarios dejó al señor Torres sin trabajo. La joven lo oía dando vueltas en el piso de arriba, eligiendo la corbata perfecta para otra serie de entrevistas deshumanizadoras.

—¿Acaso vas a decirle que vas a dejar escapar cincuenta mil dólares? —Su madre la miró fijamente—. ¿Después de todo por lo que ha pasado?

—Por supuesto que no. —Juniper tragó saliva y se le formó un nudo en la garganta—. Es solo que no entiendo quién podría solicitar por mí este tipo de cosas. Soy la peor actriz del mundo.

—A lo mejor fue Ruby.

La joven parpadeó. Podía ver a su madre mirándola, podía ver a su hermana dando saltitos alejada de su campo de visión, pero se sentía completamente fuera de allí. Como si estuviera flotando fuera del espacio y el tiempo.

—Solo digo que tiene bastante talento para lo dramático. Este tipo de cosas son muy de su estilo —explicó la señora Torres—. ¿Por qué no la llamas y le preguntas? —Luego, en una voz casi demasiado baja como para que Juniper la oyera, agregó—: Echo de menos a esa chica.

*Yo también la echo de menos.* La visión de Juniper se nubló al pensar en la sonrisa de Ruby, la risa de Ruby, el tacto de Ruby. Se apartó de la mesa y su silla chirrió detrás de ella. *Lástima que ella no me eche de menos a mí.*

\* \* \*

Juniper cerró de un portazo su habitación y se apoyó contra la puerta. Sabía que estaba reaccionando de manera exagerada, pero no sabía cómo parar. Era como estar en uno de esos sueños en los que eres tú misma y te ves a ti misma desde fuera de tu cuerpo. Como ser Dios y Jesús al mismo tiempo.

Sacudió la cabeza y cruzó la habitación. De ser religiosa, sería católica de manera desinteresada con inclinaciones ateas. Simplemente ya no estaba segura de creer en nada. Aun así, siempre le había fascinado la idea de ser Dios y Jesús al mismo tiempo. De estar dentro de tu cuerpo y mirar desde lo alto. Tal vez eso era lo que significaba tener un cuerpo y un alma, estar en un único lugar y en todas partes, todo a la vez.

Juniper sacó el teléfono del bolso. Se dijo para sí que aquellos pensamientos eran aleatorios, las cavilaciones de una chica que seguía necesitando su cafeína matutina con desesperación; pero en el fondo sabía la verdad. Después de todo lo que le había hecho a Ruby quería creer que la redención era una posibilidad.

Quería creer que tenía alma.

Con manos temblorosas, escribió el mensaje.

¿Has solicitado por mí la beca Burning Embers?

Seguía teniendo su número en el móvil. No se atrevía a borrarlo, lo cual era, sin duda, irónico, teniendo en cuenta lo que ella había borrado de la vida de Ruby.

A quién había borrado.